

EL REFUGIO DE PIO BAROJA

JORGE FIBLA FEITO

En 1912, Pío Baroja decidió invertir sus ahorros en la compra de una casa rural, un refugio en donde trabajar tranquilo durante los meses de verano, lejos del duro estío madrileño. Por medio de un anuncio de periódico se enteró de que estaba en venta un caserón en Vera de Bidasoa. Fue allí y vio que era una pura ruina, usada de vez en cuando por mendigos y paragueros. No obstante, el escritor decidió comprarla, esperando poder ponerla en condiciones de habitabilidad poco a poco. En el tomo de sus Memorias titulado «El escritor según él y según los críticos», Baroja describió los avatares de aquella adquisición y reprodujo los artículos que sobre ella habían escrito autores del momento, como J. M. de Podestá y Salaverría. Dice don Pío: «Itzea» nos ha servido de asilo durante tiempos duros y en donde murió mi madre en una época de calma y reposo» (1).

Por aquella época, Pío Baroja rozaba la cuarentena y tenía tras sí una densa tarea de escritor. Acababa de dar las obras más importantes de su madurez intelectual, entre ellas, *El árbol de la ciencia* y *Las inquietudes de Shanti Andía*, publicadas ambas en 1911, y estaba a punto de enzarzarse en la redacción del vasto friso novelesco que, con el pretexto de fantasear sobre las aventuras de su lejano pariente Aviraneta, sería, en realidad, un magnífico reportaje sobre la movimentada política española de la primera mitad del siglo XIX.

Hace tiempo leí un ensayo sobre la novelística barojiana que acababa estableciendo «un camino doctrinal del barojismo», el cual no podían seguir los jóvenes novelistas de la posguerra porque «se encontrarían confinados en una vía muerta» (2). Luego, hemos visto cómo la producción de aquellos autores quedó rancia y, en general, inabordable, y nos preguntamos si no hubiesen hecho mejor en tomar a Baroja como referencia segura en lugar de rechazarlo por doctrinario... Por lo demás, cuando me adentré en la obra del escritor vasco, no encontré rastro alguno de tal camino doctrinal. Al contrario, siempre me pareció verle en la antípoda de cualquier doctrina. La vía que su obra ofrecía a las nuevas ge-

neraciones no era otra que la de un trabajo constante, y el uso de la reflexión y el sentido común como normas habituales de conducta.

Me entrego a estas divagaciones en el autobús que me lleva, con un notable traqueteo y una nutrida serie de bandazos, al lugar en que Baroja instaló su lugar de reposo hace sesenta años. El autobús parte de Irún y recorre 16 kilómetros hasta Vera, en el linde de Navarra con Guipúzcoa. Es muy de mañana y viajan pocas personas. La mayoría duermen. Observo el paisaje de este País Vasco que contemplo por primera vez y sigo divagando en torno al autor de *La busca*.

Pío Baroja, universitario sin vo-

cación y pequeño burgués por pura necesidad circunstancial, antes de dedicarse por entero a la literatura, era un hombre independiente, dotado de una capacidad artística que él siempre se obstinó en poner en duda, escéptico como era en todas las cuestiones de la vida. Pío Baroja era un hombre de ideas claras, tan claras que su ideario —nada homogéneo, desde luego— ha sido a menudo considerado como el producto de una formación deficiente y anárquica, falta de rigor científico y obediente sólo a impulsos sentimentales. Si hay parte de verdad en esto, no creo que sea demasiado grave, porque la sencillez no tiene nada que ver con la superficialidad. Se puede

ser sencillo y profundo, como se puede ser complejo y rastrero. A Baroja, no podía ser de otro modo, se le ha considerado frecuentemente bajo el prisma de la pedertería intelectual, que tan poco favorece al intelecto. Aquel hombre de mente clara vivió en una sociedad que, como mucho, acepta el claroscuro con predominio de sombras, y prefiere al agua cristalina el agua de borrajas. Pío Baroja pasó sesenta años de su vida mandando papeles a las imprentas, unos papeles llenos de fantasías literarias o de denuncias sin tapujos, tan sin tapujos que muchos de sus escritos pueden servir como muestra para quienes hoy se dedican a publicar escritos. ¿Qué indica esa muestra? Indica, ante todo, cómo en un tiempo relativamente lejano fue posible escribir en este país sin más trabajo que el de pasar las ideas de la mente a la pluma, sin necesidad de recurrir al proceso alambicador y depurador que todo escribiente poseído por el impropio vicio de cantar las verdades debe realizar «a priori» para que su canto no parezca demasiado agudo, porque ante tal evento es seguro que alguien, a su vez, le cantará las cuarenta. Y ya se sabe cuál es la potencia canora de los contracantantes.

De Irún a Vera el paisaje es delicado, hermoso en su gloriosa explosión de verdes delicadamente matizados por el vivo sol de la mañana. El autobús gana con rapidez las curvas de la carretera que corre junto al margen del Bidasoa, pequeño e inquieto, ya remansado brevemente, ya nervioso y veloz, estrecho y espumante como un torrente, brincando en las presas diminutas, los pequeños saltos que intentan encauzarle. Una chiquilla que viaja en el último asiento ha vertido la consecuencia de su mareo sobre el piso del coche. La cobradora es una señora desgreñada, pellirroja, bastante mayor; se acerca a la niña con expresión estoica y le alarga un pañuelo mientras dice unas palabras en vasco. Es la segunda vez, durante mi corta estancia en Guipúzcoa, que oigo hablar en esta sonora lengua. La ocasión anterior ha sido en una tasquita de Irún, mientras aguardaba la llegada del autobús. Una familia hablaba en vasco con el tabernero. Junto a mí, una vieja dama, canija y algo apergamizada, el cuello envuelto en una gruesa bufanda, se tomaba un «Benjamín» en copa larga y hablaba también con el tabernero,



(1) Obras Completas, VII, pág. 391.

(2) J. Corrales: De «La sensualidad perversa» a «La estrella del capitán Chimista». Artículo incluido en «El mundo de Pío Baroja», Arión, 1961, páginas 183-206.



La casa de Vera: «Nos ha servido de asilo durante tiempos duros y en donde murió mi madre en una época de calma y reposo».



Es difícil imaginar un lugar más apropiado para trabajar, para escribir, para meditar...

en perfecto castellano, acerca de la salud de cierto párroco.

Vera debió de ser un pueblo delicioso cuando la arquitectura funcional de las construcciones modernas todavía no lo había transformado. Ahora, como todos los pueblos tocados por el ala mágica del progreso, ha perdido parte de su encanto. Pero si cerramos los ojos y olvidamos la diseminación de bloques de viviendas de papel, o de cualquiera que sea el material empleado en la construcción de los actuales habitáculos, tal vez logremos la imagen de un pueblecito silencioso, de casas apañadas en torno a la iglesia, levantada sobre un promontorio; casas con balcones de madera y pronunciados tejados rojizos. El paseo hasta «Itzea», por la carretera de

Ibardin-Francia, bordeada de plátanos, es muy agradable. Sobre las lomas de tupido verdor se yerguen los viejos caseríos. Lástima que toda esa belleza sea rebajada por los numerosos edificios de aséptico corte, levantados sin ninguna preocupación estética. Mientras camino, denuesto para mi capote la furia constructora que erige sus chalets en cualquier parte, sin respetar la belleza de un paisaje ni la venerable vetustez de las piedras centenarias.

No sabía que «Itzea» está al lado de la frontera ni que la casa de don Pío se encuentra a diez metros del cuartel de la Guardia Civil. A la puerta del cuartel, los guardias civiles fuman y toman el sol. Junto a la casa discurre fresco y rumoroso un arroyuelo. En-

tro. Unas muchachitas uniformadas de rosa claro pululan por la sala baja. Hay mil objetos en desorden: sartenes y cacerolas de cobre, recipientes de todo tipo, armas antiguas, tapices y litografías. Indudablemente se están haciendo reformas. Subo al primer piso y una de las chicas va a avisar al propietario. Tras la puerta de cristales aparece don Julio Caro.

Ignoraba que el señor Caro viviese aquí y me ha alegrado el encuentro. Le explico que el motivo de mi visita es tomar algunos datos con vistas a una futura tesina, y el hombre accede amablemente a proporcionármelos, aunque más tarde. «A esta hora (es poco más de mediodía) la casa está cerrada». Quedamos en que regresaré más tarde.

Para entretener la espera me siento en los porches de la iglesia y releo *Vidas sombrías*. Los cuentos que forman ese volumen son buenos relatos. Hay en ellos el germen de la futura constelación literaria, del mundo de aventura que no tendrá parangón en la literatura peninsular. Y pienso que el año en que estamos es el del centenario de Baroja. Me figuro que no habrán grandes celebraciones. Es lógico. No sería esa nuestra línea de comportamiento con las figuras importantes en cualquier aspecto de la cultura. Pueblo de refranes, el español no vacila en aplicar a sus viejas glorias aquel grosero dicho: «Muerto el burro, cebada al rabo». Y así por muchos años.

Frente a mi mesa, en el restaurante, unos franceses vascos hablan con muchas gesticulaciones. Uno es enjuto y tiene cara de pillo; el otro, grueso y reposado, me recuerda a un típico tabernero galo, con sus enormes mostachos. Las mujeres son dos orondos ejemplares. En su conversación resaltan dos palabras: *francs* y *millions*. Pero, pese a tan poético tema, cuando llega la hora de pagar la factura la miran y remiran, y discuten largamente con la posadera las anotaciones indicadas en la cuenta.

* * *

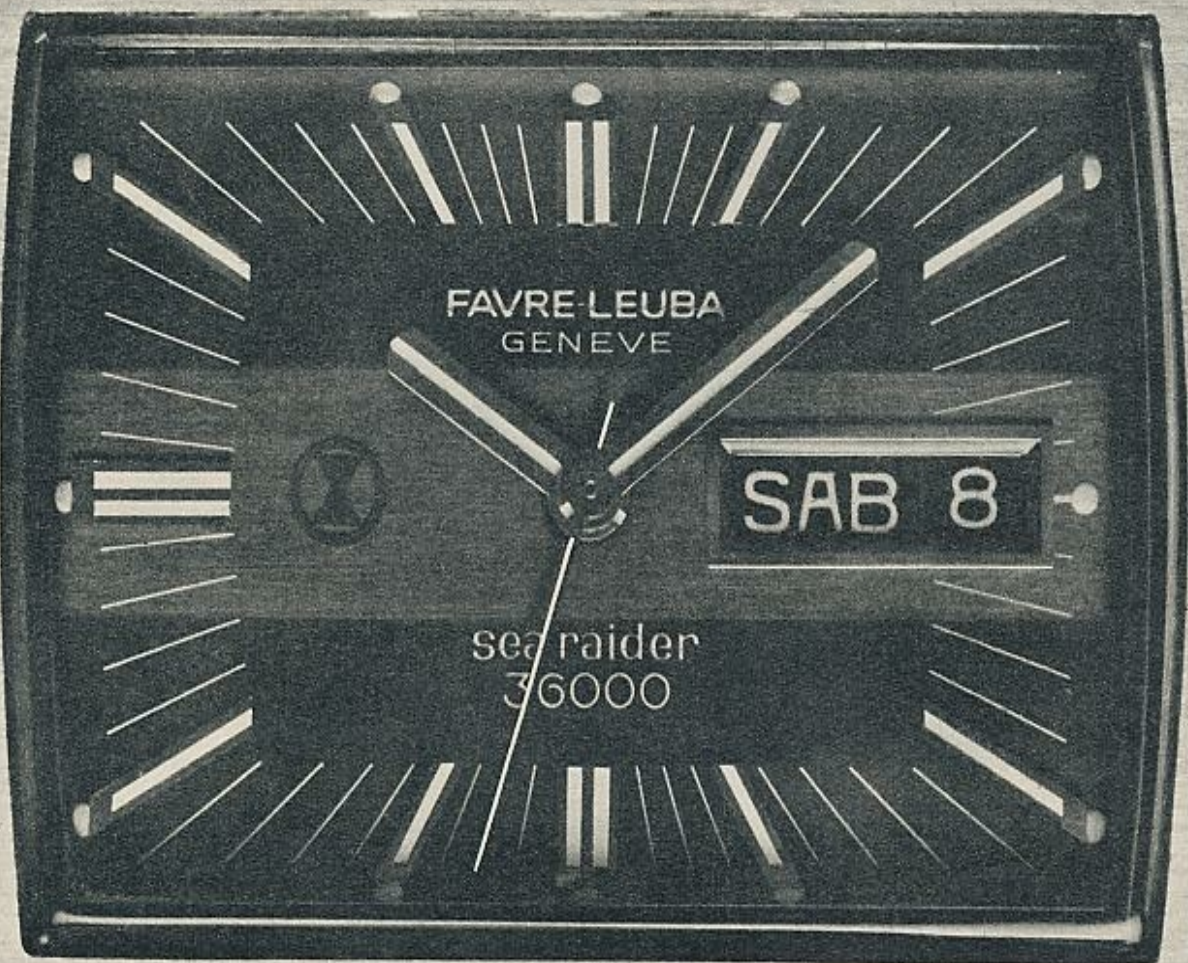
Don Julio Caro es un hombre sencillo, serio, aunque cordial, amable. Hay una cierta expresión de tristeza en sus ojos. Tristeza que tal vez sea, realmente, una mezcla de serenidad y de resignación. La impresión que me produce inmediatamente es la de un hombre en paz consigo mismo, aunque esa paz, llevada en solitario, le pese un poco. No hay más que cruzar unas frases con él para percibir un cierto desencanto, para percatarnos de que es una pieza flotante en el rompecabezas social. Y lo encuentro admirable. Detesto los rompecabezas que pueden completarse, aún con mucho trabajo; siempre deben quedar dentro agujeros como abismos que pocos puedan llenar y nadie quiera hacerlo.

Tiene un despacho pequeñito y cálido don Julio. Una mesa cubierta con grandes hojas manuscritas. Un archivo de madera contiene los originales de su tío, las carpetas rebosantes de litografías y láminas que don Pío hubiese querido clasificar, ordenar, enmarcar y colgar por toda la casa. Pero no tuvo tiempo para hacerlo, pese a su larga vida. Además, en la casa parece que no hay sitio para nada más. Es un auténtico museo, lleno de muebles antiguos, cuadros, estampas, variadísimos objetos. Don Julio me acompaña y me explica: «Estas figurillas chinas salen en *Las inquietudes de*

Genève

FAVRE-LEUBA

Relojeros desde 1737



EL REFUGIO DE PIO BAROJA

Shanti Andía». «Este cuadro de "Azorín", mi tío tuvo mucho empeño en rescatarlo; el retrato se había vendido en una subasta por un precio irrisorio; hoy tiene mucho valor». Y aquí está la sala donde escribía don Pío. Se filtra una luz tamizada a través de los impolutos visillos del balcón. La luz incide sobre un pequeño retrato de Baroja, colocado en el escritorio donde redactó *La leyenda de Jaun de Alzate*, y tantas obras sobre aquel mítico personaje Aviraneta. Pienso en la vida que don Julio Caro lleva aquí. Una vida de constante trabajo, de estudio. En las contraportadas de sus libros se le llama gran antropólogo. Y lo es. Pero es posible que él no lo crea del todo, escéptico como su propio tío. «A partir de los cuarenta y cinco años declinan las fuerzas, aunque no lo parezca. Uno se cansa de trabajar. Empieza a preguntarse para qué lo hace. Lo que uno hace no interesa a nadie. Tanto escribir, ¿para qué? Se explota uno a sí mismo, explota su propia inteligencia...». Me dice esto junto al fuego encendido en la gran chimenea del comedor. De vez en cuando se inclina y remueve las brasas, coloca sobre las llamas otro pedazo de madera. Habla pausadamente y medita al hacerlo. Y noto que por debajo de esas frases que en superficie parecen desencantadas, bulle una férrea voluntad de trabajo, una indeclinable decisión de seguir sirviendo. «La vida aquí es monótona, ¿sabe? Sobre todo cuando el tiempo se pone malo. Entonces el ambiente es tristísimo. Y, además, está uno solo y no sabe con quién hablar. Yo voy a una tertulia por las tardes, de ocho a nueve, pero, ¿qué quiere usted? Eso no es lo bastante satisfactorio. Sí, es aburrida la vida aquí». El desván de «Itzea», recientemente remozado, es un lugar encantador. Huele todavía a madera recién cortada, a pintura fresca. En los armarios nuevos no cabe un libro más. Es difícil imaginar un lugar más apropiado para trabajar, para escribir, para meditar. Pero don Julio prefiere su despachito de dimensiones monacales, con la pequeña ventana que muestra un pedacito de ese precioso paisaje vasco. Hablamos de una infinidad de cosas, sobre todo de su tío y de la vida que hacía aquí; de sus compañeros y amigos, del violento Macztu, que llevaba nitroglicerina en las venas; de aquel curioso personaje americano que inspiró a Baroja la figura de

Thierry... Ahí, en ese rincón, a la derecha de la chimenea, solía sentarse don Pío. El banco no es demasiado cómodo, pero aderezado con algunos cojines no debe estar tan mal. Hago un esfuerzo por imaginar la figura del viejo, sentado en ese rincón, junto al fuego. Habría que eliminar las canas de don Julio Caro o efectuar en mí la operación contraria. Veinte años antes, tal vez más. Crepitan los leños en la chimenea de «Itzea», don Julio hablaba como un susurro y yo me preguntaba si los que hemos nacido en el momento en que el humo mortal de Hiroshima se disipaba material pero no moralmente, estamos llamados a hacer algo en la Historia...

Calla don Julio Caro y yo sigo hablando porque ahora el silencio no sería productivo. Se acerca el momento de la despedida. Quisiera disponer de mucho más tiempo para hablar con él, pero sospecho que a don Julio comienza a fatigarle la visita. Le pido que me muestre los manuscritos de su tío. Me dice que le quedan pocos, que la mayoría desaparecieron durante la guerra civil, aquella guerra que le pilló cuando él tenía veintidós años y su tío más de se-

venta. Salimos al balcón principal. Ahí está la huerta de «Itzea». Don Julio dice que quiere desbaratarla y plantar césped en su lugar; casará mejor el césped con los modernos chalets que están construyendo enfrente. «Entonces —cuando estalló la guerra— no había nada de esto, claro. El caserío sí estaba». Y miro el caserío, sobre una colina, la fábrica de piedra centenaria que ahora recibe su baño de sol exactamente como aquel día veraniego de 1936... «¿Ve usted? Por ese camino nos fuimos mi tío y yo. Y allí es donde nos detuvieron y quisieron cargárselo. Menos mal que lo evitó un carabinero... El pobre andaba despistado, de una zona a otra, sin saber donde meterse. Hubo una confusión tremenda».

En esos manuscritos se ve la tremenda capacidad de trabajo de don Pío. Hay pocos borradores, la mayoría son originales preparados para enviar a la imprenta. Los pocos borradores son de la época en que Baroja tenía el pulso firme. Hay correcciones abundantes y numerosos dibujos de los personajes. A don Pío le gustaba dibujar las fisonomías de los personajes para guiarse en la

descripción literaria. Hojeo el original de *Las noches del Buen Retiro*. Está escrito en una especie de octavillas que contiene cada una siete u ocho líneas de texto. Luego, cada octavilla está pegada en una hoja tamaño folio. Don Pío transcribía personalmente los borradores y confeccionaba el original definitivo, todo a mano; una labor digna de monje medieval. Sentado ante su escritorio de madera oscura, junto al balcón, en la biblioteca de «Itzea», don Pío debía tener la estampa de un viejo copista en su «scriptorium».

Cuando dejo a don Julio Caro oscurece. Dejando el camino por la carretera festoneada de plátanos. Unas niñas juegan a la comba al lado de las casitas de papel o lo que sea. Un viejo frescachón y rollizo, tocado con una boina roja, destripa abrojos en la cuneta. Me acerco para ver el escudo de la gorra, un gran escudo dorado. El hombre me mira con cierta desconfianza. Luego me dice con parsimonia: «Diputación Foral de Navarra». Aguardo el autobús en la parada de Vera, y un mozo de automóvil se presta a llevarme. El Bidasoa discurre, verdozo y espumeante, ahora ya con furia de torrente. ■ J. F. F.

En ese rincón, a la derecha de la chimenea, solía sentarse don Pío. El banco no es demasiado cómodo, pero aderezado con algunos cojines no debe estar tan mal...

